



**Monasterio Cisterciense de Santa María de Huerta
(Formación de laicos)**

VI. JESÚS ENSEÑA A ORAR A SUS DISCÍPULOS

O. INTRODUCCIÓN

“Estando él (Jesús) en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos” (Lc 11,1). En respuesta a esta petición el Señor confía a sus discípulos y a su Iglesia la oración cristiana fundamental.

Lucas la recoge en cinco peticiones (Lc 11,2-4).

Mateo la recoge en siete peticiones (Mt 6,9-13).

“La oración dominical es el resumen de todo el Evangelio” (Tertuliano). El primer anuncio de la Buena Nueva está resumido por Mateo en el Sermón de la Montaña (Mt 5,7). No deja de ser llamativo que la oración del Padrenuestro esté recogida en el centro de este anuncio (Mt 6,9-13). El Sermón de la Montaña es doctrina de vida; el Padrenuestro es la plegaria. Jesús nos enseña esta vida nueva por medio de sus palabras, y nos enseña a pedirla por medio de la oración.

Tradicionalmente se le ha llamado “Oración dominical” = Oración del Señor, pues la enseñó a sus discípulos como modelo y regla de toda oración cristiana.

1. LA PATERNIDAD DE DIOS

La afirmación de que Dios es el Padre de Jesucristo y de cada uno de nosotros ocupa en el Nuevo Testamento un lugar destacado. En efecto la revelación de la paternidad de Dios es uno de los aspectos más fundamentales de toda la Biblia. Sin embargo, el descubrimiento o el reconocimiento de Dios como Padre no es un rasgo propio de la fe del pueblo hebreo del Antiguo Testamento, ni del cristianismo. En muchas religiones, particularmente en el mundo semítico de la antigüedad, se dirigían también oraciones a la divinidad invocada con el título de “Padre”, lo cual demuestra una creencia sumamente antigua en semejante paternidad. Es preciso llegar a conocer cuál es la originalidad de este concepto en el Antiguo y en el Nuevo Testamento

- Exponemos brevemente el concepto de “Padre”, dado a Dios, en:
Existe cierta reticencia en utilizar el término para designar

- **Las religiones del próximo Oriente antiguo**

El concepto de “padre/madre” ha permitido nombrar al dios que se concebía como el origen y el principio de todo y al que cada uno se sentía deudor de su existencia; aunque también se dirige a otros dioses subalternos. Las confesiones de fe y plegarias son el eco de la creencia en una paternidad divina y en una estrecha relación entre el hombre y la divinidad.

El Antiguo Testamento a Dios (16 veces = directamente; 9 = comparado con padre; 3 = comparado con madre).

La paternidad de Dios esta alejada de la idea de generación = Dios es Padre, “no por engendrar a los dioses y a los hombres”, sino en virtud de la elección de Abrahán y del pueblo a quien hizo su primogénito salvándolo de Egipto. Se hace, por tanto, una interpretación metafórica y el lugar donde se ejerce es la historia (Alianza, salvación) y no el mundo. Actúa paternal o maternalmente a favor de su primogénito, Israel.

La atribución del nombre de “Padre” a Dios permitió a los israelitas expresar la actitud de un Dios que revela su presencia al hombre, dialoga con él y hace vivir a su pueblo elegido con una salvación continuamente renovada.

Pero fundamentalmente nos interesa adentrarnos en el contenido que tiene en el Nuevo Testamento y especialmente para Jesús

2. LA ORACIÓN FILIAL DE JESÚS

La relación que Jesús mantiene con Dios no dejó de sorprender a los discípulos, y los evangelios se hacen eco de esa intimidad que Jesús vivía con aquel a quien designaba con el nombre de “Padre”. En labios de Jesús, el vocablo “Padre” aparece 170 veces.

Las maneras de designar a Dios permiten a Jesús destacar algunos rasgos del rostro del Padre: su amor paternal (Mt 6,8; Lc 15,11-32), su misericordia (Lc 6,36; Mt 6,14-15; 18,21-35), su solicitud con los hombre (Lc 12,16-32; Mt 6,8; 10,19-20), o también su perfección (Mt 5,20).

Cuando Jesús llama a Dios “vuestro Padre”, lo hace sólo en el caso de dirigirse a sus discípulos. A los de fuera de este ambiente parece que no les habló nunca de Dios como Padre más que en imágenes y parábolas, y que en todo caso no dijo nunca “vuestro Padre”. Esta expresión es pues una de las características de la enseñanza dada por Jesús a los discípulos. Su discurso se refiere esencialmente a la paternidad divina para quienes creen y le siguen.

Además, y es éste un hecho que se ha destacado con frecuencia, Jesús dice siempre “mi Padre” o “vuestro Padre”, pero nunca “nuestro Padre” (excepto en el Padre Nuestro de Mt 6,8, que comienza por estas palabras, tratándose entonces de la oración que Jesús enseña a sus discípulos). Estas palabras de Jesús “mi Padre” se encuentran únicamente en los discursos dirigidos a los discípulos y expresan una relación totalmente única con Dios. Conciernen al misterio mismo de Jesús, a su ser de Hijo de Dios, sin que se dé él mismo ese título.

A esto sólo añadir otro testimonio de los evangelios, ya que en su oración Jesús invoca a Dios como Padre. Se trata de otro aspecto de especial interés : si en sus palabras Jesús designa a Dios como “Padre”, en su oración lo invoca así : “¡Padre!” (Mc 14, 36; Lc 10, 21; 22,42; 23,34.46; Mt 11,25.26; 26,39.42; Jn 11,41; 12,27.28; 17,1.5.11.21.24.25). Estas referencias son muestra de esta relación privilegiada entre Dios y Jesús.

Puesto que se admite que Jesús empleó el término “Abba” en su oración, hay que determinar con más precisión qué sentido tiene esta invocación en sus labios. Una primera constatación: “Abba” es ante todo un término del lenguaje infantil, que utilizaban también los adultos para hablar con su padre. Una segunda constatación: “Abba” expresa la relación singular y única de Jesús con su Padre. El origen de la palabra “Abba” no permitía ciertamente el empleo de semejante vocablo en una oración

judía; hubiera sido irreverente e inconcebible para una mentalidad judía llamar a Dios con un nombre tan familiar. En labios de Jesús este vocablo expresa la afirmación de la paternidad de Dios y la confianza amorosa en un Padre muy cercano a quien se dirigía familiarmente. Su comportamiento tan sencillo y espontáneo para con Dios dejaba entrever que él era el Hijo.

3. LAS DOS FORMAS DEL PADRENUESTRO

Antes de analizar cada uno de los elementos que componen esta oración, conviene comenzar su estudio con algunas observaciones preliminares sobre las dos recensiones del Padrenuestro referidas por Mateo y Lucas.

Las divergencias entre las dos recensiones son fáciles de reseñar:

- En Lucas, una invocación breve, “Padre”, mientras que Mateo emplea un giro típicamente judío: “en los cielos”.
- En Mateo hay una tercera petición después de las dos primeras.
- También Mateo prolonga la última petición con otra petición antitética.
- Lucas emplea la palabra “pecados” donde Mateo habla de “deudas”.

Cada uno transmite la oración del Señor tal como se rezaba en su tiempo y en su comunidad. Pero ¿es posible descubrir bajo estas dos versiones las palabras mismas de Jesús? Algunos exegetas opinan que el texto pudo ser algo así: **“Padre nuestro en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu reino. Nuestro pan, dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores, y no nos introduzcas en la tentación”**. Pero no tiene porque ser necesariamente la que Jesús enseñó a sus discípulos.

4. LA ESTRUCTURA DEL PADRENUESTRO

La oración tiene una estructura bien equilibrada:

- Una invocación solemne: **“Padre nuestro que estás en los cielos”**.
- Tres deseos dirigidos a Dios y para Dios(Tú):
 - **La santificación del nombre de Dios.**
 - **La venida del reino de Dios.**
 - **El cumplimiento de la voluntad de Dios.**
- Una fórmula-eje: **“Así en la tierra como en el cielo”** (literalmente “como en el cielo, así en la tierra”).
- Tres peticiones en relación con el hombre (nosotros):
 - **El pan.**
 - **El perdón.**
 - **La liberación** (del mal).

a) La primera parte del Padrenuestro: los tres deseos

Estas tres fórmulas son tanto peticiones como deseos. La santificación del nombre, la venida del reino y el cumplimiento de la voluntad de Dios dependen de él. Nosotros podemos desear desde luego que la humanidad entera respete el nombre de

Dios, que contribuya a la llegada de su reino y que cumpla su voluntad. Sin embargo, la formulación gramatical de estos tres deseos les confiere otro sentido. Deben comprenderse de esta manera: “Hazte reconocer como Dios. Haz que llegue tu reino. Haz que se realice tu voluntad”. Ningún judío se atrevería en su oración a dirigirse a Dios en un tono tan imperativo.

- ***“Santificado sea tu nombre”***

El nombre es en el lenguaje bíblico la persona misma. Así, en el Magnificat, “su nombre es santo” significa “santo es el Señor”.

Los judíos tenían reparo en pronunciar el nombre de Dios y para evitar su pronunciación empleaban otras expresiones, como : “el Eterno”, “el Señor”, “el Todopoderoso”, “los Cielos”, etc.

A través de este deseo, queremos que Dios revele su santidad a todos los hombres, pero esta santidad no puede quedarse en algo meramente exterior a nosotros. Cuando el Espíritu de Dios haya transformado totalmente desde dentro el corazón de los hombres es cuando se revelará definitivamente esta santidad de Dios (cf. Ez 25,27: “Yo os daré un corazón nuevo...Yo pondré dentro de vosotros mi Espíritu). Rezando para que el nombre de Dios sea santificado en la tierra como lo es en el cielo, expresamos nuestro deseo de cooperar en esa glorificación de Dios por medio de una vida conforme a sus exigencias (“Sed santos porque yo soy santo”) y anhelamos el día de su manifestación decisiva que inaugurará el mundo nuevo.

- ***“Venga a nosotros tu reino”***

Rezar para que venga el reino de Dios equivale a pedir que Dios reine. Los dos primeros deseos del Padrenuestro están por tanto estrechamente ligados entre sí y no tienen más que un solo tema: la revelación gloriosa de Dios por medio de su venida que pondrá término a la espera escatológica de los fieles.

Al pedir que venga el reino de Dios, el discípulo vuelve sus ojos hacia la consumación suprema del reino. Desea su manifestación gloriosa. Este deseo dirigido a Dios no parece aludir directamente a la idea de una venida progresiva de su reino a medida que los hombres se vayan abriendo a su acción. Esta llegada definitiva, cuyo día y hora sigue siendo un secreto de Dios (Mt 13,32), no depende en nada de nuestros esfuerzos. Lo único que podemos hacer es esperarlo y desear ardientemente su venida, preparando nuestros corazones para acogerlo.

- ***“Hágase tu voluntad”***

El deseo que expresamos en la oración se refiere a dos aspectos aparentemente opuestos. Por un lado, le pedimos a Dios que realice su voluntad, que haga él mismo lo que ha decidido; por otro lado, deseamos que su voluntad sea cumplida por los hombres, es decir que los hombres se muestren fieles a la observancia de su ley. Estos dos sentidos no se excluyen, sino que son más bien complementarios. Pedir que se cumpla la voluntad de Dios es desear que se realice su plan de salvación sobre la humanidad (cf. Jn 6,39-40) y, en consecuencia, que venga su reino. Es también desear que el realice su promesa de renovar el corazón de los hombres para que puedan corresponder mejor a su voluntad, ya que estarán entonces animados de su propio Espíritu (cf. Jn 31,31-33; Ez 36,27).

Dios no quiere tener ante él a unos simples ejecutores de su voluntad, sino a personas libres dispuestas a responder a su amor paternal. Si hay que privilegiar uno de los dos aspectos que subyacen a este deseo, es ciertamente la interpretación ética la que merece más atención: que todos los hombres cumplan la voluntad de Dios mediante una vida conforme a sus mandamientos.

Ciertamente, no hay que comprender este deseo en el sentido, que tantas veces se admite, de una sumisión fatalista a los acontecimientos. No es preciso subrayar que una interpretación de este género está poco en consonancia con el contexto inmediato de la tercera petición del Padrenuestro.

b) La segunda parte del Padrenuestro: las tres peticiones

- ***“Danos hoy nuestro pan de cada día”***

En esta petición le pedimos a Dios que nos de el pan para la subsistencia, el pan necesario para la vida (“lo necesario para vivir”). Se habla ante todo del pan o del alimento que necesitamos para nuestra vida diaria, pero no se puede excluir que pueda referirse igualmente a la palabra de Dios y hasta a la Eucaristía, como lo comprendieron con frecuencia los Padres de la Iglesia.

Esta petición del pan nos lleva a tomar conciencia de la perpetua bondad de Dios que renueva día tras día sus beneficios y nos invita a esperarlo todo de él con una confianza inquebrantable. Pero no se trata ni mucho menos de una invitación a la pereza. Al contrario, se trata de una actitud de fe auténtica que se le exige al creyente, cuya preocupación primordial debe ser buscar ante todo el reino de Dios (cf. Mt 6,33).

- ***“Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”***

En nuestra oración, cuando decimos: “Perdónanos...como también nosotros perdonamos”, no le pedimos a Dios que conforme su comportamiento con el nuestro, tal como podría hacer suponer una lectura superficial. La partícula “como” no indica una relación de igualdad o de reciprocidad entre el perdón humano y el perdón divino, sino que existe una cierta semejanza entre el perdón que Dios puede conceder al hombre para con sus hermanos. No cabe duda de que primero hemos de tomar conciencia de que Dios ofrece continuamente su perdón y nos invita a imitarle. En ese perdón que él nos concede primero es donde se arraigan nuestra capacidad y nuestra obligación de perdonar.

No es que con nuestro perdón a los demás nos merezcamos nosotros el perdón de Dios; se trata más bien de una condición que hay que cumplir. Para implorar sin hipocresía la misericordia divina sobre nosotros, hemos de perdonar a nuestros hermanos, tal como nos comprometa a hacerlo la segunda parte de la petición. El valor de nuestra súplica se ve condicionado por el perdón previo. Nuestra oración depende de nuestra sinceridad efectiva.

A través de esta súplica que dirigimos a Dios, podemos entonces tomar conciencia de nuestra condición de pecadores, de la misericordia que Dios nos tiene, y también de la importancia de nuestras relaciones humanas. El perdón es la piedra de toque que nos permite verificar la profundidad de nuestra fe y que servirá de norma para nuestro propio juicio: “La medida que uséis la usarán con vosotros” (Mt 7,2).

- ***“No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”***

Si Cristo nos enseña a orar de este modo, es porque la tentación más terrible no es la que nace de la carne o del mundo, sino la que brota de una situación en la que la actuación amorosa de Dios se borra de nuestro campo de percepción. El cristiano puede decir entonces: ¿Dónde está Dios? No encuentra más que indiferencia y silencio: Dios está tan lejos que también entonces el cristiano experimenta el abandono de la cruz. La confianza incondicional es el único camino de salvación; pero es un camino que bordea el precipicio de la revuelta contra Dios.

Lo que pedimos en definitiva a Dios es que nos proteja, no en primer lugar de nuestras pequeñas tentaciones de cada día –aunque no tengamos que excluirlo, desde luego -, sino que nos proteja más bien de esa gran prueba que podría provocar la apostasía, la defección de aquellos que no están “firmes en la fe” (1 P 5,9). En opinión unánime de los exégetas, Jesús se refiere esencialmente a esa última prueba que debe conducir a todo su pueblo a la salvación, cuando habla de la tentación.

En nuestro mundo contemporáneo, la pérdida de la fe no es un peligro ilusorio; no se necesitan grandes persecuciones para llevar al hombre a prescindir de Dios. Todo el mundo puede descubrir fácilmente lo que conduce a algunos de nuestros hermanos o a nosotros mismos a este abandono: el progreso de la ciencia y de la técnica, el escándalo provocado por el sufrimiento y las injusticia..., o sencillamente un cristiano insípido, compuesto de hábitos y rutinas a través de las cuales la fe se va debilitando poco a poco, como una mecha que se consume y acaba por apagarse.

“Y libranos del mal”; Sólo la versión del Padrenuestro de Mateo contiene este elemento, cuya finalidad parece ser la de precisar el sentido de la petición expresada anteriormente de forma negativa.

El hombre, dividido entre el bien y el mal, se haya situado en un mundo que se disputan Dios y Satanás. El mal no puede quedar entonces reducido al pecado, concebido como acto libre y elección moral. Estamos en este mundo amenazados por las fuerzas hostiles del mal. Pero la fuerza de Dios guarda a los suyos de sus garras, si permanecen fieles, y los sustraerá a su amenaza para asegurarles la vida eterna.

A través de esta petición, le suplicamos a Dios que no nos deje en una situación amenazada y que nos arranque del poder del mal que se desata sobre el mundo. Esto coincide con esta otra petición de Jesús por sus discípulos en la víspera de su muerte: “No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno” (Jn 17,15). De este modo, incluso en esta última petición no hacemos más que asumir por nuestra cuenta la misma súplica que Cristo dirigió y sigue dirigiendo al Padre por nosotros

Posibles lecturas complementarias:

MARTÍN DESCALZO J.L., *Vida y Misterio de Jesús de Nazaret*, (el apartado “el Padrenuestro”).

JEREMÍAS, J., *Abba*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1983 (2ª ed).

LAFRANCE, J., *Cuando oréis decid: PADRE...*, Narcea, S.A. de Ediciones, Madrid.

Propuesta de TRABAJO PARA EL TRIMESTRE

- **Lectura y reflexión de los apuntes dados** en Huerta; para poder contestar a estas preguntas:
- **¿Qué “panes” necesitamos para construir la “Fraternidad”?**
- **¿De qué “tentaciones” y “males” necesitamos ser liberados en la construcción de la “Fraternidad”?**